

Sociedad educativa: la necesidad insatisfecha

Luis Arencibia Verdú

No llego a comprender por qué, siendo los niños tan inteligentes, los adultos son tan tontos. Debe ser fruto de la educación.

Alexandre Dumas

Sociedad y educación

En la educación, naturaleza y sociedad convergen para dar lugar al hombre educado, es decir, socializado de acuerdo con el “manual de instrucciones” de dicha sociedad: su cultura. Las funciones sociales de la educación se pueden englobar en dos vertientes: la conservadora y la innovadora. Ambas son necesarias y complementarias: es tan necesario que la comunidad perpetúe elementos propios como que estimule la innovación y la adaptación a nuevas circunstancias. Yendo un poco más allá, la educación, en su vertiente social, se presenta como medio de control social, vía de estratificación, promotora de cambios, agente de movilidad social y precursora de desarrollo¹.

Las preguntas que se plantean son: ¿en manos de quién está en nuestra sociedad dicho poder?, ¿con qué finalidad se hace uso de él?, ¿cómo se puede tomar el control de la situación?

Vivimos en el tiempo y el lugar de la incertidumbre y, como consecuencia de ello, vivimos en la inmediatez. Y uno de los resultados más llamativos y escalofriantes de ello es la confusión en los procesos por los cuales se transmiten los patrones culturales, los códigos morales, las pautas de conducta... de generación en generación. La cantidad de elementos que actualmente intervienen en este proceso (nuevas tecnologías, marketing, centros de formación, urbanismo, ideologías políticas, mercado laboral, innovaciones pedagógicas, códigos morales, núcleo familiar, migraciones...), la

Es tan necesario que la comunidad perpetúe elementos propios, como que estimule la innovación y la adaptación a nuevas circunstancias

1. R. Medina Rubio, L. García Aretio y M. Ruiz Corbella, *Teoría de la educación. Educación Social*. UNED, Madrid, 2001.

Si en su momento era la familia, ahora es la escuela la que entra en crisis

velocidad con la que cambian, y las diferentes combinaciones a las que dan lugar desbordan constantemente la capacidad de análisis y se salen repetidamente del marco en cuanto se intenta fotografiarlos.

Lejos de alentarse un intenso debate acerca de quiénes, cómo, por qué o para qué modelan a la siguiente generación, se llevan a cabo una cascada de análisis y acciones estancas que tratan la problemática de forma fragmentaria, llena de prejuicios y casi siempre en beneficio de quien ostenta el poder. Esto puede llegar a originar una brecha entre los esfuerzos para la mejora del mundo donde vivimos y los encaminados a cualificar a los futuros protagonistas por los que se pretende velar y que ya están entre nosotros. Vano esfuerzo, por ejemplo, el de preservar el medio ambiente si no logramos que los que nos sucedan no cometan los mismos errores que nosotros.

Un pedazo del camino hasta hoy

Con la llegada de la Revolución Industrial, la organización gremial comienza a desmoronarse. Los oficios comienzan a dejar de pasar de padres a hijos, así como los valores, la posición social, el lugar de residencia... La estructura familiar pierde peso educativo a pasos agigantados. Se puede decir que este proceso no ha cesado hasta nuestros días, en gran medida debido a la puesta en marcha y desarrollo de la *educación formal* universal y obligatoria, por medio de instituciones acondicionadas para ello, en las cuales la sociedad delega gran parte de la responsabilidad de instruir a los niños y jóvenes en pro de su éxito personal.

Ya en la segunda mitad del siglo XX, se produce otro salto cualitativo. Si en su momento era la familia, ahora es la escuela la que entra en crisis. La sociedad del aprendizaje exige transformarse para adaptarse a nuevas exigencias, nuevas situaciones sociales²:

- Consolidación del derecho a la educación y la democratización del acceso.
- Cambios en las estructuras demográficas de la población.
- El avance de las nuevas tecnologías.
- La reorganización económica.
- Los cambios sociales y culturales.

El futuro para el que se pretendía preparar en la escuela cambia constantemente, por lo que debe consolidarse una formación basada en lo esencial, y fundamentalmente apoyada en destrezas y valores. Por lo tanto, del entrenamiento hacia la consecución de una meta concreta (un puesto ya existente en la sociedad, y que se suponía permanecería con similares características cuando el edu-

2. R. Medina Rubio, L. García Aretio y M. Ruiz Corbella, *Teoría de la educación. Educación Social*. UNED, Madrid, 2001.

cando acabara su periodo formativo) se pretende pasar a una formación integral de la persona en sus vertientes individual y social, desarrollando en ella virtudes como la capacidad de análisis, la flexibilidad o la empatía, necesarias para la adaptación y competitividad en el incierto futuro que se le avecina. A las dos grandes áreas del aprendizaje, “saber” y “saber hacer”, se reincorpora la tercera, “saber ser”.

Por otra parte, desaparece la idea de tiempo limitado de formación. La metamorfosis continua del mercado de trabajo, la revolución de las nuevas tecnologías o la prolongación de la vida, entre otros múltiples factores, hace que tengamos la necesidad y el derecho de formarnos y reciclarlos desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte. Aparece entonces la noción de *educación permanente*, y se acaba de tomar conciencia de la importancia de cuidar los procesos por los cuales aprendemos, día a día y en todas partes, más allá de la etapa académica.

Para ordenar las diversas herramientas de las que se estaba haciendo uso, en respuesta a las múltiples necesidades, se establecen también las categorías de *educación formal* (sistema educativo institucionalizado, jerárquicamente estructurado), *no formal* (sistemática y organizada, pero fuera del sistema oficial) e *informal* (proceso permanente por el cual todo individuo adquiere destrezas, actitudes... a partir de sus experiencias cotidianas de interacción). Esta última, única de las tres que no está organizada, es la que más tiene que ver con los procesos de socialización y asimilación de la propia cultura.

El presente: la sociedad educadora

Actualmente parece claro, y las iniciativas más innovadoras van en ese sentido, que la única perspectiva clarificadora es la que toma la realidad como un todo educativo: desde las ordenaciones del territorio hasta los horarios comerciales. Todo influye, y esta responsabilidad abstracta debe ser analizada y asumida por cada una de la infinidad de partes que intervienen, como un elemento más a considerar. Más que en la propia idea (velar por los menores y por los ciudadanos en general), la novedad radica en el análisis sistemático de la cuestión y en la implantación de mecanismos para la puesta en marcha de actuaciones ambiciosas a la vez que realistas. Básicamente, por medio de tres vías: adaptando la Administración pública, dotando presupuestariamente y reglamentando.

Para concretar en algunos ejemplos: ¿qué repercusiones tienen en este sentido las continuas incorporaciones irregulares a las admi-

La única perspectiva clarificadora es la que toma la realidad como un todo educativo

nistraciones locales e insulares? La lista es larga y, por supuesto, poco alentadora: desmotivación y baja autoestima de los menos agraciados en lo que a *contactos* se refiere, desconfianza hacia la administración pública, predominio de planteamientos como el “todo vale” o desprecio del compromiso con el bien colectivo. ¿Y la planificación urbanística supeditada a intereses especulativos? Pues otro tanto: baja autoestima como comunidad, escasas redes de comunicación, transformación del entorno para hacerlo propio (pintadas, vandalismo...), establecimiento de zonas de reunión en espacios no acondicionados para ello, tensiones sociales o depresión. ¿Y la publicidad dirigida a los niños?³ ¿Y la existencia de zonas recreativas públicas distintas para ricos y para pobres?...

El reto está en construir entornos educativos en los que se aspire a la igualdad de resultados

El reto está en construir entornos educativos en los que se aspire a la *igualdad de resultados*, más allá del actual uso cínico de la *igualdad en las oportunidades*, entendiendo éstos como la consecución de la felicidad personal (en un sentido más amplio que el meramente hedonista que hoy predomina), y en los que se diluya la diferenciación artificial entre agentes educativos y agentes no educativos, ya que en realidad todo y todos conformamos una gran maquinaria educativa.

Deberes para los municipios

Parece claro que el marco ideal para emprender esta tarea son las administraciones locales. Según explica Subirats, con la llegada de la democracia se produjo en éstas una revolución desarrollista en la que ya que faltaba casi todo por hacer, casi todo estaba permitido. Pero con la llegada de los noventa, lo novedoso se fue agotando, las exigencias de la población habían aumentado y los presupuestos se hicieron cada vez más restrictivos, por lo que fue siendo necesario priorizar unos objetivos que a la vez marcarían una dirección y una temporalización. Canarias, con la implantación de la industria turística a partir de los setenta, es un ejemplo paradigmático de esto.

No se trataría en ningún caso de sobrecargar de competencias a los municipios, sino de llevar a cabo un reparto claro de responsabilidades y de aprovechar la potencialidad de éstos como generadores de redes y posicionamientos personales constructivos⁴.

Existe, asimismo, un Movimiento Internacional de Ciudades Educadoras⁵, en el que se integran diversas ciudades canarias, que establece que “la ciudad será educadora cuando reconozca, ejercite y desarrolle, además de sus funciones tradicionales (económica, social, política y de prestación de servicios), una función educadora, cuando asuma la intencionalidad y responsabilidad cuyo objeti-

3. A pesar de que este tema no despierta gran alarma social en nuestro país, en ciertos países la publicidad dirigida a los niños está totalmente prohibida.

4. J. Subirats (coord.), *Gobierno local y educación: la importancia del territorio y la comunidad en el papel de la escuela*. Ariel, Barcelona, 2002.

5. Con sede en Barcelona, fue creado en 1990 con motivo del I Congreso Internacional de Ciudades Educadoras. Su página web es la siguiente: www.bcn.es/edcities/aice/estatiques/espanyol/sec_iaec.html.

vo sea la formación, promoción y desarrollo de todos sus habitantes, empezando por los niños y los jóvenes”. Además, hace reposar dicho compromiso en “tres premisas básicas: información comprensible (necesariamente discriminada) hacia la ciudadanía, participación de esta ciudadanía desde una perspectiva crítica y responsable y, finalmente, (aunque no menos importante) evaluación de necesidades, propuestas y acciones”.

Desde este punto de vista, queda por pensar lo que les falta a las instituciones locales lanzaroteñas para llegar a ser lo que casi todo el mundo piensa que deben ser. En este sentido, es frustrante que después de haber pasado de la nada al todo, con el boom turístico, se haya regresado a la nada, respecto a las posibilidades abiertas, por la labor de la inmensa mayoría de los gestores y la complicidad de la inmensa mayoría de los ciudadanos, topándonos con instituciones que son como esas personas obsesionadas por el dinero que no tienen, bien porque lo han malgastado, bien porque les sirve como excusa frente a su propia incapacidad para funcionar.

Frente a otros pronósticos menos halagüeños, son evidentes las ventajas que nuestro territorio alberga para la implantación de las dinámicas adecuadas: fácil percepción como comunidad, debido a la existencia de límites geográficos claros, estratificación social inferior a muchos otros entornos, número medio de habitantes...

Los obviados: niños y adolescentes

Gran parte de la culpa de este descuido colectivo respecto a las consecuencias de nuestras decisiones como sociedad estriba en un hecho: el período en el que somos más sensibles a las influencias educativas coincide con el período en que no se nos permite votar. En la sociedad de la autosuficiencia y del proyecto vital individualizado, donde el ejercicio de la participación política queda reducido al voto, los menores se ven incapacitados para ejercer presión.

Cuando la vía cotidiana de integración y vertebración pasa por la capacidad para consumir (vivienda, tecnología, transporte, ocio, educación de calidad, elementos distintivos de clase, servicios de asesoramiento...), quedan los niños y adolescentes inmersos en un limbo entre la teoría, las buenas intenciones y la realidad, en el cual el precio del ticket de salida está puesto, literalmente, en los escaparates de los establecimientos comerciales. Los responsables de marketing de todo el mundo son conscientes de esto, y dedican todos sus esfuerzos y conocimientos para conseguir acentuar cada día un poco más esta dependencia.

Mientras acotamos espacios y tiempos para los menores, los tene-

Todo y todos conformamos una gran maquinaria educativa

mos escasamente en cuenta en la construcción de nuestro proyecto colectivo presente, sea éste el que fuere. De hecho, no fue hasta la Convención de las Naciones Unidas del 20 de Noviembre de 1989, cuando se les declara ciudadanos de pleno derecho, al otorgarles derechos civiles y políticos, respaldando su necesidad de participar en función de su grado de madurez y de hallar su lugar junto a los adultos.

Mientras que las palabras no se trasladan a los hechos, se produce una curiosa contradicción entre la idea generalizada del menor como proyecto futuro, como algo que existe para llegar a ser, y la evaluación de sus rendimientos como individuo analítico y maduro, capaz de digerir y relativizar, por ejemplo, las tres, cuatro o cinco horas que pasa cada día frente a la televisión sin ningún tipo de supervisión. Desde el punto de vista de la sociedad educativa, debates como el que gira acerca de la conveniencia de repetir o no curso están interesadamente sesgados si no se tienen en cuenta estos otros factores.

No se puede huir de esta elección: o se considera a los menores proyectos incompletos de lo que van a llegar a ser, por lo cual debemos supervisar constantemente el camino hacia esa meta, guardándoles de todo lo que pudiera desviarlos, o se les considera individuos en un intenso proceso de maduración y adaptación a un entorno cambiante y muchas veces hostil, por lo cual no se pueden dejar de tener en cuenta todas y cada una de las circunstancias que les condicionan.

Las nuevas líneas de actuación que van surgiendo en programas de educación social reniegan de la primera visión, la del destinatario de la acción como pedazo de algo por concluir, instruyéndole, por ejemplo, en “habilidades sociales”. De hecho, hay quien actúa sin la intención de integrar. Pretender que un habitante de una barriada infradotada encaje en el sistema, ¿es una forma de liberar o de dominar? Se trataría en este caso de considerar las actitudes del sujeto como parte de la adaptación lógica a su entorno y de mostrarle posibilidades para enriquecer sus recursos personales, dejando la posibilidad de elección a su criterio.

Aplicándolo a las estrategias educativas imperantes en gran parte de las familias, se percibe cierto grado de alarma respecto de los supuestos peligros a los que están sometidos los jóvenes, pero, en vez de intentar incidir sobre estas carencias del entorno, se pretende la salvación de los propios hijos por medio de la promoción académica y el control exhaustivo hacia la consecución de la meta

*Mientras
acotamos
espacios y
tiempos para
los menores, los
tenemos
escasamente en
cuenta en la
construcción de
nuestro
proyecto
colectivo
presente*

futura, en función de los anhelos, recursos y patrones culturales de cada núcleo familiar. Lo que da lugar a individuos con serias dificultades para sacar provecho de sus experiencias presentes en el espacio donde habitan y, por tanto, madurar socialmente. Valores como el respeto al medio ambiente o la actitud crítica con la realidad social sólo pueden recalar sólidamente en las personas tras una intensa relación con la realidad inmediata que les rodea.

Debemos dejar de interpretar la problemática infantil y juvenil como una “falta de” (estímulos, valores, perspectiva...) Primero, porque en la inmensa mayoría de los casos es falso; otra cosa es que los estímulos sean caóticos y contradictorios, los valores que absorben sean los opuestos a los que pretendíamos inculcar o la perspectiva se acabe en el fin de semana próximo. Segundo, porque nos pone un velo ante la tarea pendiente de pararse a pensar qué entorno físico, psíquico y social estamos construyendo día a día para quienes, en breve, asumirán las responsabilidades que hoy ostentamos nosotros.

¿Cómo estamos?

Hoy, el estado de los principales actores en el proceso educativo es bastante preocupante. Por una parte, el núcleo familiar es cada vez más reducido y, además, la comunicación es escasa y de baja calidad por la falta de tiempo y el choque intergeneracional, entre otros motivos. No es que las familias no eduquen y esa responsabilidad la asuma, por ejemplo, la televisión. El núcleo familiar, aunque en menor grado, seguirá siendo el principal espacio de socialización⁶. Lo que pasa es que se está convirtiendo, a veces sin darse cuenta, en correa de transmisión de todos los males sociales a los que debería hacer frente: despersonalización, materialismo...

Por otra parte, el sistema educativo institucionalizado es cuestionado repetidamente, por los docentes, por los responsables políticos o por un mercado laboral en continuo cambio. Además, queda mucho por hacer para que los constantes retos que la sociedad plantea sean asumidos por éste de forma dinámica y productiva.

Finalmente, las comunidades, en cuyo seno se desarrollan los menores, se encuentran inmersas en una feroz competición en la que cada ciudad, comarca, isla... intenta atraer para sí la mayor cantidad posible de ingresos. Bien sea en forma de subvenciones, intercambios comerciales, turistas... (Christian Thomas Reutlinger). En este proceso, sobra decir que lo que prima no es una estructura social solidaria y compensatoria. Aplicado al caso de Lanzarote es ya casi un tópico la coletilla “y además esto repercutirá en la pro-

El núcleo familiar es cada vez más reducido y, además, la comunicación es escasa y de baja calidad

6. J. Subirats (coord.), *Gobierno local y educación: la importancia del territorio y la comunidad en el papel de la escuela*. Ariel, Barcelona, 2002.

moción exterior de la Isla”. Así se pretenden justificar escalofriantes inversiones en infraestructuras de dudosa necesidad, mientras que necesidades sociales básicas reciben partidas a cuentagotas.

La trampa de la superficialidad

En los últimos años parece que van formando parte de nuestras vidas una serie de palabras (ecología, mestizaje...) y, menos, algunas ideas conectadas con ellas, como la participación y la vida en comunidad, relacionadas con el argumento de este artículo. Se podría concluir que hemos llegado a un punto de bienestar social y control de la información tal, que nos estamos rebelando contra comportamientos claramente irracionales del pasado, como pueden ser el dominio del débil por el fuerte o la desconfianza hacia el desconocido. Pero una rápida mirada a las prioridades vitales de la inmensa mayoría de las personas nos desengaña de este bienintencionado análisis. A esta contradicción entre los planteamientos que manejamos y nuestros actos se le pueden buscar diversos orígenes. Entre ellos, el marketing a cargo de empresas, ONG o partidos políticos, cada cual en pro de sus intereses, que han bajado estas ideas a la calle por medio de versiones descafeinadas de fácil asimilación y ejecución: “salve a las ballenas por 5 euros al mes”, por ejemplo. Hay que tener en cuenta que cualquier planteamiento espeso o revisión concienzuda de nuestras vidas probablemente nos hará desistir del intento. Lo prioritario es la idea como producto, no como base para la acción. Frente a este proceso, inevitable, e incluso justificable, se impone la necesidad de potenciar la autocritica y el afán constructivo en ciudadanos e instituciones.

Más allá de los necesarios posicionamientos ideológicos, actuamos en base a la satisfacción de la escala de necesidades materiales y psicológicas, desde la seguridad física, hasta la realización personal. Y parece evidente que estas necesidades sólo son satisfechas con una interacción adecuada entre el individuo y el colectivo o colectivos con los que se identifica, por lo que se hace necesario huir de la concepción de las redes sociales como algo complementario u opcional y valorarlas como una fuente inagotable de recursos personales.

Y para poder llevar a buen fin estas intenciones, es imprescindible comprender y actuar en base a las repercusiones educativas, en menores y adultos, de cada una de las actuaciones que afectan a la colectividad. ¿Y por dónde empezar? Pues, obviamente, y cayendo en el tópico, por nosotros mismos.

Huir de la concepción de las redes sociales como algo complementario u opcional, y valorarlas como una fuente inagotable de recursos personales